

TEMAS BIBLIOTECARIOS

HABLANDO DE LIBROS

Fortuna era la divinidad mitológica que presidía los sucesos de la vida distribuyendo ciegamente riquezas y miserias, bien y mal.

Y esa caprichosa y no siempre justa divinidad sigue entremetiéndose en todos los asuntos y sucesos humanos arrastrando con su carro hombres y cosas; y si ha habido hombres felices y dichosos ha habido también libros afortunados.

Pero la fortuna de un libro, salvo rarísimas excepciones, no ha favorecido nunca a su autor; los que han aprovechado de esa caprichosa divinidad han sido siempre los editores.

En todos los países, siempre, y hoy mismo, los hombres de letras, deben mendigar, con el sombrero en mano, de un editor, que se encargue de la publicación de sus producciones y si, por suerte, lo encuentran, ninguna o muy poca utilidad habrá para ellos; el editor absorbe todo.

Un día, el gran filósofo La Bruyère, se presenta al editor Michalet y exhibiéndole el manuscrito de *Los Caractères* le dice: ¿quiere Ud. publicar este trabajo? Michalet piensa un poco y contesta, "si, pero yo no puedo pagarle más que doscientos francos", y el trato se cierra con los doscientos francos.

Después de cinco años Michalet había ganado con los *Caractères* la belleza de trescientos mil francos, suma fabulosa en aquella época, y La Bruyère, para vivir, debía recurrir a la munificencia del Príncipe de Condé!

Muchos libros, no obstante, han tenido suerte y sus autores, gracias a ellos, se han enriquecido.

Una noche, Honorato Balzac, mientras se volvía a su casa, es asaltado por un ladrón, quien amenaza con el ritual dilema: la bolsa o la vida. Balzac se larga a reír y, apretándole la mano, le dice: ¿la bolsa? hermano mío, la bolsa está vacía! no sabes acaso que yo soy un literato! Sin embargo Balzac mentía; en su tiempo los literatos empezaban ya a ganar algún dinero, y los hubo hasta enriquecidos; Walter Scott con sus novelas llegó a ganar seis millones y medio de francos; Alejandro Dumas (padre) dejó a su hijo una renta anual de cincuenta mil francos; y Eugenio Sue, solamente con el "Judío Errante", acumuló varios cientos de miles de francos.

Hoy mismo un libro que encuentra el favor del público se convierte en una mina inagotable de gloria y de dinero; no es necesario que el libro merezca o no merezca ese favor, tan sólo es necesario encontrarlo y para ello basta la crítica elogiosa de unos bibliógrafos complacientes en unos diarios y revistas de autoridad y difusión. Esta fortuna empero es patrimonio de pocos, de muy pocos.

Los libros para tener fortuna es menester que llamen la atención del público que, por naturaleza, es soñoliento e indiferente; es necesario despertarlo, entusiasmarlo, electrizarlo, sacudirlo, aturdirlo.

El libro más afortunado que yo haya conocido y que llenó con su nombre los últimos años del siglo pasado y los primeros del actual, ha sido, sin duda, el "Corazón" de Edmundo de Amicis.

No sé si haya habido libro más afortunado que éste; hasta hoy se ha llegado a publicar un millón de ejemplares en su idioma original, en Italiano, y ha sido traducido a todos los idiomas; pero hay que convenir que la fortuna y los triunfos de este modesto libro educativo son bien merecidos.

No se puede decir lo mismo de otros libros que han gozado de fama y fortuna, aunque efímera, que podríamos llamar usurpadas. ¿Quién no recuerda la fortuna de una novela polaca, *Quo Vadis?* de Sienkiewicz? La Crítica literaria de aquella época se había convertido en una verdadera propaganda en

favor de este libro que hasta fué juzgado como una verdadera obra maestra y se le asignó hasta un valor histórico increíble. Los diarios y revistas le dedicaron enteras columnas de notas bibliográficas, lo que no habían hecho con ningún otro libro y el interés despertado fué sencillamente colosal: el público quiso saber quién era el autor tan afortunado, cuándo escribió el *Quo Vadis?*, por qué lo escribió, cómo lo escribió, en donde lo escribió, etc.; entretanto las ediciones se multiplicaron y las traducciones se sucedieron a las traducciones; autor y editores ganaron muchos cientos de miles de francos y el público lector, quedó burlado... porque, después de todo, el *Quo Vadis?* nada tenía ni tiene para merecer todo el favor que se le dispensó; ¿valor literario? exiguo, ¿valor histórico? cero, y hasta se habló de plagio!

La crítica complaciente y la *réclame* interesada hicieron de ese libro mediocre, común como tantos otros, el plato del día, lo que resultó todo un éxito de librería y no se oía más que ¡Viva el *Quo Vadis?*, viva Licía, viva Vinicio, viva Ursus!

Hoy las fiestas en honor de este santo polaco han concluído, hace mucho que han concluído, y la crítica severa después de haber examinado atentamente el libro ha sentenciado con exactitud y justicia: “el *Quo Vadis* es una novela como todas las demás; su extraordinario suceso no pertenece a la literatura, sino a un estado morbo del espíritu contemporáneo”. Y esta vez la crítica ha dado en el blanco. El siglo pasado en sus últimos años, sentía casi un disgusto de sus dudas y de sus negaciones.

La literatura y el arte invadidos por la ciencia experimental y positiva emitían un hedor de escepticismo anestésico! Hasta la novela, nacida para deleitar, se había convertido en un estrato científico, que, paralizada la acción dramática, la hacía pesante y aburrida. Pero, ¿a quien recurría?. Zola, dictador en Francia, después de habernos *deleitado* con la larga serie de los *Rougon-Macquart*, preparaba *Los cuatro Evangelios*; D'Annunzio tenía el *interin* de la presidencia en Italia y se obstinaba en regalarnos novelas carentes de invención,

pero cargadas de frases sonoras, de símbolos, de paradojas; siempre aquellas situaciones horrorizantes, siempre aquellas análisis psicológicas!

Fué propiamente entonces cuando el señor Sienkiewicz, desde su lejana Polonia, dijo al público: “tus novelas te aburren? bien, yo he trabajado diez años por tí; lee este libro” y *largó el Quo vadis?*; el público leyó, se enamoró de Licia, se entusiasmó con Ursus y aplaudió frenéticamente.

Si este libro hubiera aparecido veinte años antes habría merecido el *crucifige*; veinte años después recibió el *hosanna*. Dichoso aquel que conoce su hora, que aparece a tiempo en el escenario de la vida!

Muchos otros libros gozaron de inmerecida fama y muchos otros, menos que mediocres, alcanzaron los honores debidos a las obras maestras; pero afortunadamente esto no duró mucho tiempo y se verificó para ellos lo que dice el poeta: “Chi troppo in alto sal, cade repente precipitevolissimevolmente.

Parece que la fortuna camina en dirección contraria a la de los buenos libros. ¿Cuánto produjo al Dante la *Divina Comedia?*, ni la sombra de un centavo, y el *Sumo Poeta* murió pobre y en el destierro. Y Ariosto, ¿qué ganó por su *Orlando Furioso?* nada; él mismo se quejaba con las Musas:

“Apollo, tua mercé, tua mercé, santo
Collegio delle Muse, ío non possiedo
Tanto per voi ch' ío possa farmi un manto.”

Aun después del siglo XVII, cuando el libro empezó a abrirse camino en el comercio, los pobres poetas, bien poco provecho recababan del fruto de su ingenio.

José Parini, uno de los mayores poetas de su tiempo, debía recurrir a la generosidad de un canónigo amigo para no ver morir de hambre a su madre y escribía:

La mía povera madre non ha pane
Se non da me, ed ío non ho denari
Per mantenerla almen fino a dímane”.

En la oda *La Caduta*, un transeunte caritativo que levanta del suelo al poeta que se había caído, así le dice:

“Né el si lodato verso
Vile coccío ti appresta,
Che te salvi a traverso
Dei trivii dal furor de la tempesta”.

Torcuato Tasso se había reducido a tal estado de indigencia que tuvo que recurrir a un amigo para que le prestara un escudo para poder vivir una semana; el poeta hace alusión a su pobreza en aquel curioso soneto a su gato pidiéndole ilumine la noche con ojos centelleantes, *no teniendo velas para escribir sus versos*.

Chamfort escribe: “He visto en una de las principales iglesias de Amberes el sepulcro del célebre tipógrafo Plantin adornado con soberbias pinturas de Rubens; he recordado entonces que los hermanos Stefano (Enrique y Roberto) que, mediante su erudición griega y latina, aportaron los mayores servicios a las letras, murieron en Francia en la mayor miseria, y que Carlos Stefano, su sucesor, murió en un hospital, después de haber contribuido, como aquéllos, al progreso de la literatura. He recordado que Andrés Duchene, que puede considerarse como el padre de la historia de Francia, tuvo que abandonar París a causa de la miseria y reducirse en un pueblito de campaña en donde murió cayéndose de un carro de heno. Adrián de Valois, creador de la historia metálica, no tuvo mejor suerte; Samson, padre de la geografía, para vivir, estaba obligado a dar lecciones a los setenta años de edad; Corneille, durante su última enfermedad, carecía hasta de una taza de caldo, y La Fontaine, el más grande fabulista moderno, no la pasaba mejor”.

La fortuna muy raramente se dignó hacer compañía al ingenio. La historia de los autores pobres, indigentes, es larga como la cabellera de Absalón; espigamos un poco en este campo vastísimo. Xylandor (pseudónimo griego del filólogo alemán Hottzeman) vendió por una comida su traduc-

ción de Dión Casio y nos hace saber que a los 18 años estudió para la gloria y a los 25 trabajó para comer.

Cervantes, el príncipe de los humoristas, vivió faltándole lo más necesario, y Camoens murió en inedia en la calle.

Le Sage, que escribió el popular romance Gil Blas, vivió pobre en una pequeña casita en los alrededores de París, rehusando 100.000 francos que le ofrecieron los *financiers* y los *traitants* si suprimía su famosa comedia *Turcaret* en contra de los dilapidadores del Estado y que se representó en 1708 por orden del gran Delfin, lo que no impidió ni ha impedido que se continuase y se continúe saqueando el erario público.

Vaugelas, jurista incontestable, que empleó treinta años en traducir las historias de Quinto Curcio, no poseía más que sus manuscritos y se afirma que vendió su cadáver a los anatomistas para pagar a sus acreedores.

Spenser, autor del célebre poema *La Reina de las Hadas*, y padre de la literatura inglesa, vivió y murió en la miseria; el gran poeta Juan Milton, por no poderlos estampar por su cuenta, vendió los originales del *Paraíso Perdido* a un librero por la miserable suma de diez libras esterlinas; y Dryden cedió 10.000 versos al librero Tomson por menos de 300 libras, como resulta del contrato que fué publicado.

El marqués de Worchester, en una solicitud al Parlamento, reinando Carlos II, propuso publicar cien dibujos de nuevas máquinas en un libro curioso titulado: *El Centenario de los inventos*, con la condición de que le fuesen reembolsados los gastos que había hecho y que lo habían reducido a la miseria; no parece sin embargo que su solicitud tuviese buena acogida; un gran número de esos útiles descubrimientos no llegaron hasta nosotros y se sabe ahora que de ellos formaba parte el telégrafo. La lista es larga y al continuarla debería emplear muchas páginas más; prefiero terminar más bien con algunas consideraciones que estimo de utilidad.

La pobreza no es un estado tan perjudicial al ingenio como comunmente se cree. Ella, a veces, fué elegida voluntariamente, como sabemos, por muchos que renunciaban a las

riquezas para dedicarse a la vida monástica y a las severas prácticas religiosas; Francisco de Asís es un ejemplo típico de lo que afirmamos. La pobreza es una calidad relativa, como el calor y el frío que no son otra cosa sino el aumento o la disminución de nuestras propias sensaciones.

La idea positiva debe derivar de la comparación; hay un estado de pobreza también para el rico si lo colocamos al lado de Rothschild o lo ponemos en contacto con algun multimillonario americano. Pero hay una pobreza que no es vulgar, ni espantosa, que no pide ni acepta favores; una pobreza que aniquila sus propios males imaginarios, y, transformándose hasta en una fuente de altivez, confiere la independencia, que es el primer paso hacia el genio. Este género de pobreza, que se podría llamar de *satisfacción*, es precisamente la que no ambiciona ni advierte la falta de las riquezas. Esta pobreza no es indigencia; y no advierte la falta de las riquezas. Esta pobreza no es indigencia; y no faltan ejemplos de aquellos que renunciaron a las riquezas para emancipar su ingenio de las necesidades.

El filósofo Spinoza, vivió en todas las abstinencias; rehusó honores, pensiones y regalos por temor de contraer compromisos.

Anquetil du Perron no era filósofo, sino un gran orientalista y para conservar su independencia llevó la indiferencia a las privaciones hasta casi el cinismo de la indigencia; era tan soberbio de su pobreza como otros, comunmente, saben serlos de sus riquezas.

José Parini, el gran poeta italiano que he nombrado más adelante, prefirió vivir siempre pobre antes de golpear a las puertas de los poderosos y dejó escrito:

“Me, non nato a percuotere
Le dure illustri porte,
Nudo accorra, ma libero, Il secolo venditore
Il segno della morte. Mercar non mi vedrà”.

No, ricchezza, ne onore
Con frode o con viltà

¿Y la vida del gran botánico Linnéo no fué toda una serie prolongada de duras privaciones? Falto de fortuna, no pensó nunca en procurarse una. Peregrinando de a pié con el bastón de los botánicos, un lente de aumento y una caja para las yerbas dividía con los campesinos las sencillas comidas que éstos le ofrecían. *¡Jamás la gloria fué conseguida a un precio mejor!* exclama uno de sus biógrafos. Fácil de contentarse, él no aspiraba a otra cosa que concluir sus *floras*. Una humilde florecilla de la Laponia lo recuerda, *Linnaea Borealis*, y la falta de riquezas no impidió que una estatua levantada en los jardines de la Universidad de Upsala lo recuerde a la posteridad, que se acuñasen medallas en su honor y que el mundo entero lo aclamase príncipe de los botánicos.

¿Y la vida de nuestro gran naturalista Florentino Ameghino no tiene acaso muchos puntos de contacto con Linneo?

Escribir por oficio — *par metier* — como dice Rousseau, no es una profesión, o es la peor de las profesiones. Los autores languidecen y los libreros se enriquecen. En algunas partes, Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Norteamérica, los autores más en vista se pagan, es cierto, y a veces con esplendidez; ¿pero qué sucede? Sucede que, seducidos por esas remuneraciones, escriben mucho, escriben siempre, y concluyen por chafallar y escribir mal, o, si quieren conservar y aún aumentar la fama adquirida, por matarse, como Thackeray y Dickens, porque el cerebro no resiste a una tensión incesante. ¿Qué utilidad sacó Alejandro Manzoni de sus *Promessi Sposi*? Fama imperecedera y nada más; pero ¿cual compensación pecuniaria puede compararse al hecho de que aquella novela, traducida a todos los idiomas del mundo, será leída, admirada y elogiada *per omnia saecula saeculorum*?

RAFAEL J. BRUNO